

LIBROS

La novela de una clase

¿Por qué la dedicatoria, con su despectivo segundo párrafo, que encabeza esta novela? ¿A qué viene arrancar de una interpretación tan sumaria del fenómeno que condiciona toda la última historia española, para desarrollar después, precisamente, las formas cotidianas del contexto en que nació? Este celtiberismo, consistente en nacionalizar hasta las tragedias, tan propio de los hidalgos caídos y perrechados en «el dolorido sentir», no constituye la mejor disposición para enfrentarse a una experiencia comprometida como es la de trazar, en estructura novelesca, las relaciones prevalentes en una determinada zona social al estallar la guerra civil. Es una pena que Camilo José Cela deje sentado ese prejuicio antes de empezar.

Por fortuna, «San Camilo, 1936», la reciente obra celiánica (Ediciones Alfaguara), no es otra novela de la guerra, sino «una novela en la guerra», como le gusta decir al autor, quien solamente opina sobre nuestra lucha civil en la dedicatoria que hemos lamentado. Y diremos en seguida que la mayor debilidad de esta narración la supone justamente el resultado de la esporádica interferencia —por lo demás obligada para situar en el tiempo los sucesos que se relatan— de la noticia poli-

tica, formulada con la imparcialidad del que quiere instalarse más allá, o más acá, de la confusión en que aparece, cuando se mira desde muy cerca, una tan compleja contradicción social. No es fuerte de Cela, como se sabe, el análisis socio-político, ni siquiera en forma literaria, y hemos de agradecerle por tanto que no se permita escapatorias en esa dirección, aunque no haya podido resistir la tentación de la incursión inicialmente señalada. Los intentos de síntesis que trascienden la pura narración —esa escena del espejo tan reiterada y tan sospechosamente evocadora de las que vertebran «La mise a mort» de Louis Aragon— no la deterioran demasiado. Por otro lado, la voluntad de marginar todo posible apasionamiento aparece patente en parte de esa información, de modo especial en la referencia a los asesinatos del teniente Castillo y de Calvo Sotelo.

Cela, como Delibes, se pone al día en materia de técnica novelística. Aparte de la atracción ejercida por la moda, cabe pensar que Cela (como Cortázar en «Las babas del diablo»: «Nunca se sabrá cómo hay que contar esto, si en primera persona o en segunda, usando la tercera del plural o inventando continuamente formas que no servirán de nada») reflexionó, antes de poner manos a la obra, sobre el método a seguir para retratar con la máxima fidelidad aquel Madrid turbulento y desasosgado que dio paso al 18 de julio. Y entiendo que su mayor acierto radica en las consecuencias estilísticas de su reflexión. Sin llegar al nivel del virtuosismo de Jean-Paul Sartre en «Los caminos de la libertad», cuando relata los inciertos días del pacto

El "Ulises"

Hace 50 años comenzó a publicarse.

Hace 35 fue absuelto.

En 1914 James Joyce comenzaba a escribir *Ulises*, una gran suma teológica del fracaso de toda una civilización. En 1919 todavía no estaba terminada la redacción final, aunque la revista minoritaria *Egoist* publicó los capítulos II, III, VI y X. A partir de este año iba a comenzar una de las aventuras editoriales más significativas del siglo.

Extra Pound, que había conocido a Joyce en París, consiguió de éste permiso para que algunos capítulos del *Ulises* se publicaran en la revista americana *Little Review*, aunque temiendo complicaciones con la censura suprimió algunos párrafos del capítulo IV, ganándose la amonestación de Joyce. Pero la zorrería de Pound no estaba injustificada. En enero de 1919 la policía neoyorquina confiscó y quemó los ejemplares que contenían el episodio *Lestrygonians*. (Las entregas aparecían con títulos paralelos a la *Odisea* homérica.)

El ejemplar correspondiente a julio-agosto, con el episodio *Nausicaa*, cayó en manos de John S. Sumner, secretario de la Sociedad Neoyorquina para la Prevención del Vicio, quien lo denunció públicamente. El caso se vio el 14 y el 21 de febrero de 1921 y los delegados de la revista defendieron el *Ulises* como «demasiado oscuro y filosófico como para resultar corruptor», «una tentativa freudiana de revelar el subconsciente», «un libro futurista y experimental». Los jueces rechazaron la defensa y prohibieron la publicación de cualquier libro de Joyce.

Un año antes, Joyce había conocido en París a Sylvia Beach, una joven norteamericana expatriada, fundadora en París de la Shakespeare and Company. Esta muchacha fue la que entregó a Valery Larbaud los ejemplares de la *Little Review*. El comentario de Larbaud —considerado como el mejor crítico francés de literatura inglesa— fue: «... Desde que leo el «Ulises» no puedo pensar en otra cosa. Joyce es un escritor tan grande como Rabelais. Leopold Bloom es un personaje tan inmortal como Falstaff. De tal forma que, cuando aún estaba reciente la decisión del juez neoyorquino, Sylvia Beach pidió a Joyce la autorización para publicar íntegramente su libro.

El proyecto fue tirar mil ejemplares, y se recibieron pedidos de todo el mundo, incluidos los de la familia de Winston Churchill y Bela Kun. En virtud de una particular superstición, Joyce exigió que el libro se pusiera a la venta el día de su cumpleaños, esto es, el 2 de febrero de 1922, y pidió seis juegos de pruebas, que corrigió cada uno por su parte, de manera que las correcciones que aparecían en uno no tenían nada que ver con las que aparecían en los otros. Al cabo, el libro se publicó en la fecha prevista. T. S. Eliot le calificó de «inmediata obra maestra»; según



JAMES JOYCE

Hemingway, «maldito sea el universo si esto no es un libro maravilloso». Scott Fitzgerald estuvo dispuesto a tirarse por cualquier ventana para demostrar la admiración que sentía por el libro.

En octubre de 1922, *Egoist Press* lanzó una edición clandestina de dos mil ejemplares, de los que quinientos fueron quemados por las autoridades aduaneras de Nueva York. En enero de 1923, la misma editorial lanzaba otros quinientos ejemplares. De acuerdo con Sylvia Beach, *Odyssey Press* publicó cuatro ediciones sucesivas. Y, en 1926, la revista *Two Worlds Monthly* lanzó una edición pirata incompleta, en la que se escogen los párrafos más sexuales, ante lo que surge la protesta de ciento sesenta y siete intelectuales mundiales, encabezada por Joyce.

Y el *Ulises* se convierte en una obra universal. En 1927 se publica la primera traducción alemana. Dos años más tarde, A. Moinier pone a la venta una traducción francesa revisada por Joyce. En 1930 aparecen la versión checa y dos ediciones pirata japonesas. Y los editores americanos acuden al quite. En 1932, y tras haber consultado con sus asesores jurídicos, la editorial *Random House* pide a Joyce la prioridad para publicar el libro en los Estados Unidos. El caso vuelve a verse en los tribunales de Nueva York, ante el juez John M. Woolsey, que dicta veredicto el 6 de diciembre de 1933. «Tras maduras reflexiones, y a pesar de lo que pudiera ocurrir en determinadas circunstancias, considero que el efecto que «Ulises» ha de ejercer sobre los lectores no ha de ser forzosamente erotizante. Opinión ante la que opela el juez Martin T. Manton, esgrimiendo que «jamás ningún hombre carente de fe ha creado una obra maestra». La decisión final fue tomada el 9 de agosto de 1934 por la Corte Suprema, decidiendo que el libro podría venderse libremente en los Estados Unidos. Para James Joyce la aventura no había sido nada más que una ironía como cualquier otra, en relación con lo que Stephen Dedalus había dicho: «La literatura no es nada más que una eterna ratificación del espíritu del hombre».

EDUARDO CHAMORRO



CELA 69

de Munich, Cela ha encontrado la fórmula justa para vincular los múltiples pequeños sucesos de la vida cotidiana que conformaron la realidad del Madrid de la preguerra. El autor de «La colmena» (su gran obra) desarrolla con agilidad y brío, con seguridad de veterano narrador, con ejemplar fluidez, el difícil plan unificador propuesto. Pocas veces su estilo ha llegado a una más elevada brillantez, sorteando con eficacia los riesgos de caída en el costumbrismo vulgar. Su expresionismo, entre tierno y desgarrado, corrige todo posible deslizamiento hacia la descripción banal.

Creemos que «San Camilo, 1936», novela ambiciosa, no se plantea, sin embargo, el propósito de abarcar literariamente una visión totalizadora del Madrid de aquellos días: Cela gradúa el ángulo de mira y selecciona una clase concreta, la que sin duda mejor conoce, la pequeña burguesía. Empleados y tenderos, profesionales y estudiantes, mujeres de vida airada, cocineras, criadas, toda la ancha gama de la clase media en decadencia y del «lumpen» que se origina en su subsuelo, tienen su representación, entre patética e irónica, en este retablo abigarrado y variopinto, vuelto de espaldas a la catástrofe que se avecina. Ni la alta burguesía ni la clase obrera —las clases más conscientes entonces— encuentran aquí su réplica. Cela ha elegido una zona social atrapada en la quiebra histórica, que se mueve sin sentido, presa de una ceguera incurable, que ha perdido su papel protagonista, si alguna vez lo tuvo, en un largo drama cuyo «climax» está a punto de producirse. Este universo empobrecido, de tan escasa altura, es el objeto de toda la obra celiiana, que en «San Camilo, 1936» halla su más acabada expresión. No sé si Cela ha querido presentar como un problema específicamente español lo que es un problema social general, por muchas notas peculiares que lo perfilan. Si ésta ha sido su intención, la propia realidad lo ha traicionado, apareciendo tal como es.

Novela en la guerra, puede ser. Pero, sobre todo, la novela de una clase, contada en lenguaje coloquial, en el propio idioma de esa clase. Esti-

lísticamente comporta una operación de gran envergadura contra los tabús que aprisionan a ciertas palabras, contra la intocabilidad literaria de ciertas expresiones que circulan libremente por la calle, para las cuales el libro ha sido como una ciudad prohibida. Cela les otorga salvoconducto académico y las dignifica. Muchas mentalidades beatas se escandalizarán. Pequeño precio para una tan necesaria recuperación. ■

EDUARDO G. RICO.

Un inventario de las desgracias nacionales



EL HOMBRE.—Baroja lo hizo personaje novelesco en «El árbol de la Ciencia». Y a la sombra de este árbol, mirando con amargura el triste panorama de la España finisecular, vivió don Lucas Mallada (1841-1921). Aragonés de Huesca, como Costa; ingeniero de Minas, creador de la Paleontología hispánica, analista de la geología ibérica, profesor... Mallada es, además, como un padre espiritual de la generación del 98, con «Los males de la Patria y la futura revolución española» (1890), reeditada ahora, en una cuidada selección de Flores Arroyuelo, por Alianza Editorial.

LA OBRA.—«Los males de la Patria» fue, según juicio de Azorín, un «libro fantas-

ma». Poco conocido entonces, sus ideas pesaron, sin embargo, sobre los escritores noventayochistas, a quienes llegaron a través de Baroja (su padre era colega y amigo de Mallada).

Mallada pasa revista a la pobreza de nuestro suelo, pero esto por sí solo no justifica la penuria que encuentra. Están también los defectos del carácter nacional, centrados en cuatro principales: fantasía («La patria de Don Quijote es un país de soñadores»), pereza («Es nuestra pereza tan inmensa como el mar»), falta de patriotismo («La falta de patriotismo se ve por todas partes y en todas las clases sociales») e ignorancia («Bochornoso es que llegue al setenta y cinco por ciento el número de los españoles que no saben leer ni escribir»). Las causas del malestar de la agricultura son, fundamentalmente, treinta y tres, que comienzan con la «excesiva contribución territorial», siguen, entre otras, por el «servicio ferroviario», el «militarismo» o el «caciquismo», y rematan, nada menos, que con las «inclemencias del cielo»; no quedan atrás el problema de los intermediarios, la división de la propiedad o la fiebre arborícola. Otros males: atraso de la industria y del comercio, inmoralidad pública («uno de los países donde mayor inmoralidad pública se observa», «España es un presidio suelto») y nuestros partidos políticos («Desde que oyeron decir que un país gobernado por sabios sería una nación desdichada, los políticos españoles se decidieron a cerrar los libros»).

EL PORVENIR (en 1890).—Después de recitar la letanía de nuestras desgracias, Mallada concluye profetizando sobre el porvenir: «Nada temen los monárquicos por ahora. No serán los republicanos de hoy los que nos podrían traer la República (...). El porvenir, sin embargo, corresponde a la democracia (...). Durante este período de transición entre el antiguo y el nuevo régimen, y rodeada de males nuestra Patria, seguirán las divisiones (...). Pero, ¡la Patria es inmortal! (...). Cuando nos reemplace la generación que nos sigue (...). Si para entonces los partidos monárquicos se hallan mejor organizados que ahora, esa juventud aclamará entusiasta la mayor edad de don Alfonso XIII (...). Pero si los males de la Patria continúan (...), volverá los ojos a la República (...), resonará la voz de algún caudillo...».

EL PESIMISMO.—Considerado como uno de los miembros de la llamada «generación sociológica del 98» (Costa, Isern, Morote, Cejador, Pica-vea), Mallada, con un pesimismo desesperado, carga buena parte de los males del país en los «defectos innatos de la raza». Este enfoque erróneo estaba en el ambiente. El conde de Gobineau había publicado su famoso «Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas» en 1853, y cercanos estaban también los estudios de Gumplowicz y Chamberlain. Cánovas, máximo arquitecto de la Restauración, era un pesimista radical y racial: «Son españoles... los que no pueden ser otra cosa». Costa dirá de España: «Ya no tiene rango de nación; ni de tercera ni de segunda. No cuenta». El panorama era, en efecto, sombrío: un juego político, turnante y tunante, apuntado en los rodrigones del

caquismo y en vísperas de la liquidación del Desastre. La reacción ante la farsa liberal fue el antiparlamentarismo y las convocatorias a un régimen personal y casi prefascista. Costa, partidario de métodos expeditivos, pide «un cirujano de hierro» y una revolución... desde arriba. Se agudiza el nacionalismo, y Pica-vea incide en la tradicional anglofobia del ultrismo español, hablando de la «pérfida Albión». Mallada, evangelista del regeneracionismo, casi profetiza un caudillo...

Si Mallada erró al señalar la etiología y la terapéutica de muchos males, fue, en cambio, un exacto notario del caos latente y semioculto por los algodonos del canovismo. «Los males de la Patria» significaron un representativo corte de las fallas del país, una ejemplar voluntad de crítica. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

LOS SOÑADORES EXPERTOS



Ciencia ficción

Con el título de «Los soñadores expertos», Novelas y Cuentos edita una selección de cuentos de ciencia ficción escritos por científicos. Esta circunstancia no garantizaría forzosamente la calidad de los relatos, ya que, salvo la excepción de Isaac Asimov —catedrático de la Universidad de Boston—, los grandes escritores del género no poseen sino unos conocimientos científicos muy limitados. El interés de esta antología, y lo que garantiza su calidad, es que la selección de científicos-escritores ha estado a cargo de Frederik Pohl, uno de los clásicos indiscutibles de esta tendencia literaria. Diez relatos muy distintos, más poéticos e imaginativos que estrictamente técnicos, pese a la dedicación diaria de sus autores; entre todos, un soberbio relato irónico, inquietante, en la mejor tradición de la buena ciencia ficción, aquella que examina nuestro entorno inmediato hablándonos del futuro: «La fundación Mark Gable».

«Los soñadores expertos (selección de Frederik Pohl). Novelas y Cuentos.

Ateos y creyentes

Una docena de cristianos y ateos se definen sobre Dios sin enfrentarse unos con otros. Entre ellos figuran el filósofo checo Machovec, el profesor italiano Lombardo-Radicci, ambos marxistas; así como el dominicano padre Decheane, el famoso profesor protestante Bultmann (inventor de la desmitologización) y el teólogo americano Hamilton (uno de los principales defensores de la teología de la «muerte de Dios»).

El libro, demasiado breve, pues sus autores dejan muchas sugerencias sin desarrollar, es útil sin embargo, porque oímos hablar a ateos de verdad y a creyentes que revisan con autenticidad su creencia.

Un gran paso lo da el padre Decheane analizando lo que pueda haber de verdad en la escandalosa idea del «ateísmo del creyente», buscando en el análisis de esta idea un punto de arranque común entre el ateo sincero y profano y el cristiano auténtico.

Jesús y otros: «Alianza, Ed. Taurus, Madrid, 237 páginas.